

Caracterización y expresión de los afectos en las diferentes etapas de la vida

Prof. Emilio Romero
Joinville, Brasil

Resumen

Después de hacer una breve conceptualización de las instancias afectivas que permiten una comprensión preliminar del tema propuesto, conceptos ni siempre considerados por los diversos autores que enfocan estos temas, entre en la caracterización de lo que sea lo más propio en cada una de las cuatro estaciones de la vida humana. En los tratado sobre este tema propia de una psicología del desarrollo, ni siempre se da la debida atención a estos estadios que caracterizan al ser humano; omito las consideraciones culturales que introducen variaciones en algunos trazos peculiares. Advierto que los temas abordados aquí están expuestos con mayor profundidad en los libros indicados.

Palabras clave: Desarrollo de los afectos. Etapas evolutivas, peculiaridades de cada etapa, conceptos definitorios.

Summary

After making a brief conceptualization of the affective instances that allow a preliminary understanding of the proposed topic, concepts that are not always considered by the various authors that focus on these topics, enter into the characterization of what is most appropriate in each of the four seasons of human life. In the treatises on this subject proper to a developmental psychology, not always due attention is given to these stages that characterize the human being; I omit the cultural considerations that introduce variations in some peculiar traits. I notice that the topics discussed here are exposed in greater depth in the indicated books.

Keywords: Development of the affections. Evolutionary stages, peculiarities of each stage, definitive concepts.

1. El clima afectivo es dominante en nuestro mundo individual y colectivo

¿Qué sería de nuestra visión del mundo y de nosotros mismos si fuésemos apenas *entes de razón*,

desprovistos de emociones y sentimientos? No podemos decir que seríamos como animales, pues los animales de sangre caliente experimentan las tres emociones básicas que nos agitan. ¿Seríamos como esos robots que ya comenzaron a operar en algunas industrias, apenas con un raciocinio más complejo? En este caso nada nos afectaría de manera subjetiva, pues en un robot no hay un sujeto auto-conciente, sensible a su propio acontecer y a las relaciones que mantiene con el mundo. En un robot no hay un *dentro* y un *fuera*.

Si existen sólo mecanismos de reacción y de operación; no es un ser vivo, no se experimenta a sí mismo. En otras palabras, ni siquiera la imagen del robot nos sirve como comparación. Simplemente es impensable un ente humano sin afectos. *Somos, entonces, originariamente afectivos, forma parte de nuestro propio ser sentirnos afectados en la interacción continua y permanente que mantenemos con el mundo.* (1)

Es común hablar de que fulano de tal no tiene sentimientos, que es un psicópata, un desalmado. Es probable que ese desalmado sea un perverso, sin sentimientos de compasión, un sujeto cruel y patológico, pero él siente. Es verdad que asesinó a sus padres y violó a varias muchachas. Como cualquier animal experimenta miedo, rabia y alegría con sus acciones. Como ente humano probablemente experimenta envidia y rencor por algunas personas, odio por otras y, en sus momentos de sosiego, el sentimiento de soledad y de frustración.

Nacemos llorando y morimos, generalmente, con un suspiro sofocado. Desde el momento del nacimiento las emociones nos acompañan. En el curso de los tres primeros meses conocemos las tres emociones básicas. Primero la rabia, luego el miedo, luego la sensación de bienestar con su sutil esbozo de alegría. Son las tres vivencias presentes igualmente en los otros animales de sangre caliente. Los sentimientos aparecen después. Son *adquiridos* en el relacionamiento interpersonal. Por ser adquiridos, algunos sentimientos no surgen en determinadas

personas o son desconocidos en determinadas culturas. Personas que no recibieron alguna instrucción religiosa desconocen el sentimiento de lo sagrado y de la devoción. El sentimiento de honor ha sido altamente valorado en la cultura japonesa, pero es desestimado en la cultura tecnológica. Experimentamos vergüenza no porque nuestra honorabilidad fue manchada, sino por temor de la censura social. Pueblos errantes, como los gitanos, no experimentan sentimiento patrio. Hoy viven en Brasil, mañana en la Argentina. Pueden estar registrados como de esas nacionalidades, pero no les fue inculcada identidad con estas naciones. Se identifican con su tribu, su familia. Se saben diferentes y nada hacen para asemejarse al pueblo que los acoge. Es uno de los motivos por los cuales son mal vistos. Punto.

Así que comenzamos a abordar la cuestión del desarrollo de los afectos varias cuestiones surgen de inmediato. Algunas son previas al desenvolvimiento, pues es preciso aclarar de qué estamos hablando cuando enfocamos la cuestión de la afectividad y de los afectos. No podemos hacer como algunos especialistas (Greenberg, Le Doux, Lazarus, etc), que escriben vastos tratados sobre las emociones sin nunca diferenciar las diferentes modalidades afectivas –diferenciación indispensable para llegar a la verdadera comprensión de los fenómenos estudiados.

- ¿Qué entendemos por afectividad y cómo entender lo más propio y característico de los afectos?

La afectividad es una de las ocho grandes dimensiones de la existencia, presentes en todas las otras: en las relaciones interpersonales, en los valores, en las diversas actividades, en la corporalidad, etc.

Los afectos corresponden a lo que nos afecta subjetivamente en la interacción que mantenemos con las más diversas realidades en los más diversos planos. Los afectos van adquiriendo su peculiaridad de relación mediante las más diversas experiencias: sus modos característicos de traducir la forma de relación entre la persona y su mundo.

- ¿Cuáles son las grandes modalidades de relación afectiva presentes de diversas maneras en todos los humanos?

Son las emociones, los sentimientos, los estados de ánimo y las pasiones. Cada una de estas modalidades incluye afectos característicos; así distinguimos tres emociones fundamentales: el miedo, la rabia y la alegría. Las tres están presentes en los otros animales. (*). Los sentimientos son mucho más variados; podemos distinguir en torno de cuarenta; en

los estados de ánimo son claramente discernibles catorce. Las pasiones mejor conocidas son la pasión amorosa, por la causa (política, religiosa).

Cada una de estas unidades vivenciales tiene características específicas, aunque todas ellas estén presentes en menor grado al predominar una de ellas. La emoción de miedo y rabia incluyen también diversos sentimientos, pero tiende a imponerse lo más propio de lo emocional en los dos afectos mencionados.

- ¿De qué manera estas modalidades están presentes en las diferentes etapas de la vida? Es lo que veremos en las páginas siguientes.
- ¿Cómo caracterizar el desarrollo afectivo del ser humano a lo largo de su vida? En este artículo hago sobre todo una descripción atenta únicamente a lo que se manifiesta como una generalidad observable.
- La afectividad entendida como una dimensión de la vida. ¿de qué manera es influenciada e influye en las otras dimensiones humanas? Las ocho grandes dimensiones de la vida humana descritas por mí están presentes en diversos grados en cada una de ellas: se influyen mutuamente pues están interconectadas.
- ¿Existen tendencias afectivas dominantes en cada etapa de la vida? Caso positivo. ¿Cómo caracterizar estas tendencias? Es lo que veremos en este mismo texto
- ¿Cuáles son los métodos más apropiados para estudiar los fenómenos afectivos? Intentaremos responder estas y otras cuestiones en la secuencia de estos escritos. En mi libro “Las formas de la sensibilidad” están expuestos los métodos,

#. De cómo la vida de los afectos sigue su curso en las diferentes etapas de la vida

Para facilitar una primera entrada en la comprensión de la evolución afectiva según las diferentes etapas del desarrollo, pienso que es una buena manera hacer una caracterización global de las tendencias predominantes en cada una de ellas. Aunque aún no sepamos con claridad lo que sean los afectos, ni cuáles son sus modalidades más características, vamos a dar algunas pinceladas de las llamadas cinco edades del hombre. Es el esbozo de un cuadro que irá adquiriendo sus formas de manera progresiva. Es un esbozo de lo que en un *enfoque comprensivo* de la dimensión afectiva que incluye necesariamente sus interconexiones con las otras dimensiones de la existencia (Romero, 1998).

2. Infancia- Entre el juego y el encanto del mundo

“Cuando en la soledad, soñamos largamente, alejándonos del presente para revivir los tiempos de la vida primera. Varios rostros de niño vienen a nuestro encuentro. Fuimos varios durante ese ensayo de nuestra vida, en nuestra vida primitiva. Sólo hemos conocido nuestra unidad por los cuentos de los demás. Siguiendo el hilo de nuestra historia contada por ellos, terminamos, años tras años, por parecernos. Reunimos nuestros seres en torno de la unidad de nuestro nombre” (Gaston Bachelard)

“Hasta los diez, once años, viví sumergido en la magia del mundo. En aquel tiempo todo me deslumbraba con su sorprendente, maravillosa, enorme y extraña presencia. Cada día, cada momento, me ofrecía un nuevo descubrimiento. Podía ser el mismo, el mismo juego de ayer, o la llegada habitual de la tía Helena al atardecer, pero era como si las cosas y las personas fuesen mostrando algo nuevo que hasta entonces permanecía velado. Todo tenía una presencia que aprisionaba la atención, aunque sólo fuese por un momento. Bastaba un gesto insólito, un modo de habla y de reír para que eso se tornase entre maravilloso y extraño. Recuerdo la primera vez que oí hablar un idioma extranjero. Fue el primer día de escuela, por ahí a los seis, siete años. Las monjas hablaban italiano españolizado. ¡Qué sorprendente! Parecía juego, no entendía nada. Era todo tan limpio, tan brillante, tan leve, como un sueño. A no ser por la presencia de mi madre, creería que había entrado en el mundo de las historias que entonces contaba mi abuela.

Después vino el primer despertar. En aquella escuela apenas abrí los ojos para el mundo de afuera, pero nunca permanecía más de lo que necesario. Luego volvía hacia el patio de las fantasías. Fue a partir de los once años que la realidad de los otros comenzó su asedio impiadoso. Ese asedio que terminó por desalojarme de mi albergue favorito –que además, si usted me permite, aún hoy, 45 años después, acostumbro a habitar, el albergue de los sueños.”

3. Adolescencia –Entre la fantasía y la realidad

Entré en la adolescencia: fue en ese período que me encontré realmente con los otros. En la infancia los no-familiares andan siempre rondando, agitando el ambiente con su presencia momentánea; pero después de los doce, trece, no hay como dejarlos fuera. Ellos exigen comportamientos padronizados, imponen tareas, manipulan situaciones, se muestran exigentes, excluyen o aceptan. Y usted precisa adaptarse, tener algún juego de cintura, saber simular y disimular. Precisa tornarse adulto; es esto lo que

hablan los padres, los vecinos. Pero usted continúa renuente, reticente. E3stá inseguro de cómo entrar en la rueda de los otros. La cosa empeora cuando faltan los convites para entrar en la ronda del grupo. Si la suerte –o lo que sea- lo acompaña se asocia a un bando.

Entonces son otros cuentos. Aún la imagen del mundo le oferta sus dádivas, pero son diferentes de las otras, de aquellas que vivían en la infancia. El mundo es más agitado; por un lado el cuerpo comienza a cobrar cada vez más ciertas atenciones. Las hormonas impulsan, calientan la sangre, nublan la visión de las cosas, claman por otro cuerpo. El sexo se torna inquietante. El deseo se corporiza y quiere invadir el mundo. En la etapa anterior, los deseos se diluyen en fantasías o escurren en los juegos que absorben al niño. Pero ahora buscan algo más: procuran un sustento, un objeto concreto que los calme. Antes un autito de madera bastaba. Ahora se desea un auto fuerte, modelo de moda, que llame la atención de los demás. Porque ser adolescente es, como lo expresa la lengua española, *adolescer*, padecer un malestar: es padecer la falta del otro. En este período, la presencia del otro es fuerte. Usted la puede rehusar, alejar, limitar, condicionar, pero ella está siempre cerca exigiendo algo de usted. Eso genera tensión. Lo peor es que usted descubre que necesita de su prójimo. En la infancia necesitaba de su familia. Fuera del hogar, en las avenidas y des-avenidas rutas del mundo, necesita de toda esa gente que lo asedia. Ciertamente puede evitar su compañía hasta un cierto punto, como una defensa contra sus imposiciones, pero luego siente falta de su contacto.

Por otro lado, usted necesita pensar que hacer de su vida en el plano de las actividades concretas. Si la fortuna fue mezquina con usted tendrá que trabar en el próximo lunes, que sus padres están esperando que se vire por su cuenta en el plano material. El trabajo lo traslada con toda urgencia hasta la otra etapa –la madurez- y su período de aventuras, de desafíos, de riesgos y de búsquedas des santo Grial o de la lámpara de Aladino pasan al cuarto de los cachivaches. Si sus padres lo acapararon en el lado material, el Grial o Aladino continuarán incitando su imaginación. El Grial le ofrece la realización en el campo ideal. Aladino atiende sus deseos hedónicos, su erotismo y sus ansias de poder. Tal vez usted oscile entre los dos. Por la mañana está con el Santo Grial; por la tarde Aladino y la lámpara maravillosa le muestran las delicias del mundo. No obstante, de manera cada vez más urgente, la diosa Realidad le recuerda que precisa ganarse el pan. ¿Para qué tanta prisa si aún dispone de un inmenso futuro?, se

defiende usted. Próximo de los 18, de los 20 años, procura un título, más por presión que por vocación.

En la adolescencia, es todo tan invitador, y al mismo tiempo tan esquivo, que las dudas y las oscilaciones son una característica de esta etapa. Dudas llenas de supuestas certezas, certezas horadadas por las dudas: *tensión*. De la tensión se pasa con facilidad a la ansiedad, el humor variable, la inestabilidad. Emociones, sentimientos y estados de ánimo lo bambolean, perturbando sus mejores intenciones. El despertar hormonal está en todo su auge. La necesidad de tener experiencias sexo-afectivas se torna imperiosa. Llegar a los 21 años sin haber vivido una primera gran pasión nos parece un castigo. Deseamos un amor que nos muestre el misterio del cuerpo, sea platónico o intensamente erótico. Si es un trabajador proletario, de salario mínimo, incluso siendo un joven serio es también sacudido por el deseo de tener los bienes que los otros gozan. ¿Qué hacer? Tener lo que el sistema social oferta es una gran tentación. Es difícil substraerse a los llamados de la publicidad, a esas lindas jóvenes que dicen que basta frotar la lámpara de Aladino para que ellas busquen sus brazos. Otros se muestran más generosos: ofrecen lo que usted desea en cómodas cuotas, desde una modesta cama hasta el auto del patrón.

También el joven de clase *delta* se divide entre sus deseos y su estrecha realidad. Las alternativas son pocas, para muchos, nulas. ¿Qué hacer? Es una pregunta que asedia al joven pobre. Se aliena, se ilusiona con frecuencia de su situación como un modo de aliviar su tensión o porque todo lo convoca hacia el distanciamiento de sí.

En la adolescencia siempre queremos ser otro, conforme sean los ídolos de la tribu. Inclusive con todo su narcisismo, el joven busca otras imágenes de sí. Procura su *identidad*, su *lugar* en el llamado orden social –orden bastante desordenado y confuso. En especial, busca algunos lugares que acogerán su existencia en el espacio de la producción, un lugar en la intimidad afectiva de una pareja amorosa, un nuevo lugar en el círculo de su familia, un lugar en su propia subjetividad.

Toda esta búsqueda estimula y también problematiza y tensiona al joven. Los obstáculos para *encontrarse* en un lugar son variados y bastantes mayores de lo que podría haber imaginado este ser. Tiene a su favor una energía plena, el entusiasmo de un espíritu aún bien dispuesto, a menos que en su infancia haya quedado herido en puntos muy sensibles. Sobretudo hablan a su favor las voces de un futuro casi siempre promisorio. El joven tiene hambre de nuevas vivencias: ellas lo impulsan ya para la izquierda, ya

hacia la derecha, en una oscilación entre embriagante y perturbadora.

4. Adultez joven –Edad juvenil –Entre el entusiasmo de los aciertos y los infaltables fracasos

Lentamente, entramos enseguida en una tercera etapa. Somos *adultos jóvenes*. Andamos por los 21-22 años; tendremos unos diez años para ir aprendiendo con los errores y ocasionales aciertos. A los 33 estaremos navegando hacia la *adultez madura*. En el lapso de estos diez años vamos asumiendo los papeles que intentamos conquistar y que la suerte nos permitió –que nuestra vida está hecha de determinación y acaso. El período de los descubrimientos deslumbrantes y de las *experiencias inaugurales* –esas que marcan una nueva fase o nos muestran otra fase del mundo- es menos frecuentes, pero aún continúan. En la adolescencia experimentamos las emociones vertiginosas de la primera. En la adolescencia experimentamos las emociones vertiginosas de la primera pasión, los dulces tormentos de los deseos eróticos, las tentativas de tener una identidad, las peleas por conquistar un lugar, el sentimiento de inclusión y exclusión –excluido de aquel grupo, incluido en este. Todo eso continúa, pero en tono menor, sin el fervor y el favor de los 18 y de los 20 años. Si estamos un tanto atrasados, si el amor pasó por nuestra orilla sin mirar nuestra cara, entonces continuamos en su búsqueda. Si somos apenas aprendices de un oficio tenemos diez años para tornarnos maestros. Si los colegas no se tornaron amigos esperamos que terminen por reconocer nuestro valor.

Estamos en plena juventud. La adolescencia fue como una preparación, el entrenamiento previo para el futuro desempeño. Aún las cosas y los acontecimientos nos tocan, aunque sin tanta intensidad como en la fase anterior. Ya tuvimos algunas decepciones, en consecuencia, somos más cautelosos, tal vez menos francos y espontáneos. Aprendemos que no se debe mostrar todas las cartas de la baraja. En este período firmamos nuevos contratos. Algunos nos resultan inevitables. No puede faltar el contrato de trabajo, lo que hoy parece cada vez más difícil. Un contrato de casamiento, que hoy es necesario examinar con cuidado, para no caer en alguna trampa, aunque los pesimistas nos digan que en este plano todo es incierto. Un contrato- compromiso con nosotros mismos: precisamos engranarnos en la tentativa de ser alguien, con un nombre, una dirección precisa y un diploma de idoneidad. Estos son los contratos más probables,

aunque no sean pocos los que no consiguen estos tres certificados de circulación.

5. Edad madura – Entre la conquista de algunos lugares y la lucha por su preservación

Después de los 33 años vamos contando el tiempo por años y por décadas. En la adolescencia el tiempo sigue día a día las hojas del calendario. En la juventud adulta, anotamos el paso de los meses; son doce estaciones cada año, con días feriados destacados y cuentas a ser pagadas al inicio de cada mes. En la adultez madura hacemos el balance de fin de año, colocando en el *haber* los beneficios y las ganancias; y en el *deber* las pérdidas y las cuentas a ser pagadas. Si el saldo queda a nuestro favor decimos que la cosecha fue buena y celebramos los resultados inflando el pecho, agradecemos al buen Dios (si usted aún conserva la fe de sus padres) y damos un voto de confianza a nuestro destino. Si el saldo nos fue desfavorable, sea porque descubrimos que el matrimonio estaba en una fase crítica, o porque algunas creencias que nutrían el espíritu se habían marchado, nos sentimos entre irritados y tristes –un poco o muy desorientados.

Esta es la llamada *edad de la razón*, por lo menos de la razón instrumental y del buen sentido. Eso no significa que usted no se deprima cada vez que pasa una década o si repara que los sueños de su juventud eran apenas sueños. Entre los 40 y los 50 ya sabemos que no iremos mucho más lejos en el plano de las realizaciones. Algunas cosas se consolidaron, otras se esfumaron. Es probable que usted se angustie pensando en un mañana bastante incierto. Tal vez admita que su situación material es estable y que sus obligaciones con su familia llegaron a su fin. Los hijos ya comenzaron a trabajar y su matrimonio aún le ofrece las gratificaciones de un afecto tranquilo, apenas con los enfados de ocasionales desentendimientos. No obstante, no faltan temores. La economía del país no entra en sus ejes, los políticos continúan corruptos, los gobiernos y los poderosos dictan las reglas del juego en su propio beneficio y la jubilación será bastante modesta. Si es optimista por naturaleza –o apenas un tanto desconectado y contemplativo- tal vez deje que el río siga su curso, que él siempre encuentra la manera de llegar al mar.

Yendo ya por los 60 eneros aprendió algunos aforismos de esa filosofía elemental que algún colega acostumbra a citar en español después de un par de tragos: *El mundo es ancho y ajeno*, que usted traduce, entre resignado y sereno: cada cual se arregla según sus recursos y su suerte. Y si aún la vida se expande generosa en su pecho, sabrá compartir algunos

sentimientos con sus semejantes: el afecto honesto, la buena voluntad y la gratitud.

6. La vejez- Entre el pasado y un presente fugitivo: la certeza del fin

Después de los 70 estamos con los signos inequívocos de la vejez. No importa si usted se tiñe el cabello y el cirujano le estira la piel del rostro, evitando también que el exceso de golosinas exagere su volumen. Progresivamente, el tiempo va ocupando su territorio. Es curioso como el reloj biológico va marcando con sus punteros todas las regiones del cuerpo; en cada punto escribe una sentencia.

Son todos los sistemas fisiológicos que acusan el cansancio y el desgaste. Los huesos se ablandan y las articulaciones se oxidan. El sistema sensorio-perceptivo disminuye su captación. Las hormonas del deseo casi desaparecen. El sistema inmunológico ya no protege con la misma eficacia. El sistema circulatorio se tapa y la sangre llega con algunas dificultades a las diversas regiones, incluido el cerebro. Afectado el cerebro, la usina central de comando, las cosas van empeorando de manera cada vez más visible y enfadosa.

Ciertamente las cosas nunca son puramente mecánicas en el plano humano. Sometido a la declinación biológica, el viejo busca en este plano algunos placeres vegetativos; queda atento a los horarios de las comidas, a los noticieros de la TV, a sus horas de siesta, a su paseo por los alrededores. Los más empeñosos continúan algunas tareas animadoras: releen sus libros favoritos, conversan con sus ídolos de juventud (Oh, Jean Valjean, por qué no fuiste un poco más duro con aquella ahijada? Por qué no ajustaste cuenta con el inspector Javert ya en el primer reencuentro? Con algunos tipos es preciso ser más duro, viejo.*), practican algún deporte, conversan con la vecina, cuya simpatía les parece un estímulo promisorio.

Como ente auto-consciente usted puede administrar un proceso de decadencia biológico –y social – como un capitán que sabe guiar el barco por mares peligrosos. Para usar una comparación común: quiere llegar al puerto final con alguna dignidad, como el camarada que enfrentó muchos arrecifes y tormentas por esos mares de la vida. Con la sonrisa suave que los estoicos atribuían al sabio, piensa que toda jornada tiene un fin, y que eso es muy bueno. Puede creer o no en otras vidas más allá de la muerte, apenas sabe que su tiempo ya pasó; precisa apenas esperar los últimos días, tal vez las últimas horas. Y eso es muy bueno. Ya sabe que al final queda muy

poco: algunas imágenes fluctuando en la memoria y algunas preguntas que ya no esperan respuesta.

Sin embargo, tal vez usted nunca fue un capitán, apenas un marino sustituto, con contratos siempre provisorios. Entonces hubo mucha cosa inacabada, fragmentada, arrojada por la borda como simple cachivache. Ya viejo, esa soledad que apenas compensó con algunos tragos y conversación de bar, se posesiona de usted y coloca en su hablar un lamento y en sus ojos esa mirada de cosas perdidas que se estampa en algunos viejos.

Ciertamente, siempre hay puntos intermedios entre los extremos. Oscilamos entre una vaga sabiduría poco común y la tontería común. Las cosas son más matizadas y diferenciadas, ciertamente. De todos modos, los tipos en cada faja etaria no son muchos.

Existen los abuelos bien humorados, contentos con las esporádicas visitas de los nietos, sus programas de entretenimientos, agradecidos con los consuelos de la religión y los beneficios de la jubilación. Están los ancianos cascarrabias, mal humorados, peleadores. No faltan los melancólicos, que colocan una queja silenciosa en todos sus gestos. Existe el famoso “viejo verde”, que anda al acecho de las chicas, tirando su caña de pescar en todas las plazas. Y no falta el viejo que parece hacer todos esos tipos. Sin embargo, después de una edad límite (¿85-90 años?) esas diferencias se van atenuando y el tiempo nos va igualando. Y la sabia sentencia estampada en el Antiguo Testamento se cumple de modo inexorable: polvo eres y en polvo te convertirás.

Es curioso, en la vejez todo pasa muy rápido; es como si el tiempo se acortase. Inclusive en el ocio, el viejo ve pasar las horas y los días en una procesión apresurada. Nunca antes se siente con tanta fuerza la brevedad de la vida, su insuperable fugacidad. Es como si en la etapa final, la bajada hacia la última estación nos mostrase que todo es efímero.

- *Los aspectos cualitativos de los afectos y su transformación temporal*

Con el paso del tiempo verificamos que hay una gradual transformación de los afectos en sus aspectos cualitativos. Es preciso destacar que la palabra *afecto* designa cualquier expresión afectiva configurada de modo peculiar, aunque se suela usar este vocablo como sinónimo de emoción y sentimiento. Cabe preguntarse entonces cuáles son estas cualidades presentes especialmente en estas dos modalidades afectivas, fácilmente detectables como formas específicas de sensibilidad –y menos detectables en las modalidades afectivas más complejas como son los estados de ánimo y las pasiones. Tres rasgos

distintivos están presentes en las emociones y sentimientos; el cuarto se destaca en las pasiones y los estados de ánimo:

- la resonancia, o el efecto en el tiempo
- la intensidad, o el grado de *tensión* interior o subjetivo (in= dentro, tensidad= tensión)
- la permeabilidad, o receptividad, la abertura
- la impregnación de los afectos: el grado de radiación de un afecto en el campo subjetivo.

Estas cualidades de los afectos son muy marcadas en la infancia, pero a partir de esta etapa van disminuyendo en grado, sin que al final de la vida, en la vejez, desaparezcan, no importa cuán atenuadas estén. Tanto es así que la manutención de un padrón adolescente en el plano afectivo cuando se está en la madurez tiende a ser considerado como sintomático, como la injerencia de un factor anterior que desentona con la nueva etapa. Un prurito de originalidad y de extravagancia juvenil es entendido como formas de afirmación de sí, pero después de los 30 nos parecen señales de histeria.

La resonancia designa el grado de repercusión temporal, el efecto temporal que los eventos tienen para el sujeto. El segundo designa la tendencia y el grado de involucramiento experimentado por el sujeto en su experiencia afectiva: grado leve, mediano, fuerte, paroxístico. La intensidad de un afecto designa el grado en que es afectado el sujeto en sus experiencias afectivas. En la tipología temperamental de René Le Senne, las personas sentimentales se distinguen por su capacidad de resonancia afectiva: los acontecimientos significativos los afectan por largo tiempo; es lo que este autor llama de secundariedad. Para Le Senne las personalidades primarias, en contraste, tienen una reacción inmediata a las situaciones pero su grado de resonancia es de corta duración.

La permeabilidad o receptividad designa el grado de apertura y absorción en el plano de las respuestas emocionales. La permeabilidad es muy acentuada en la etapa infantil. Por esta razón el niño es justamente un ser emotivo, es decir, se deja invadir fácilmente por los acontecimientos del mundo sin establecer mediaciones que atenúen su impacto. Tornarse menos emocional significa ir filtrando y seleccionando la receptividad a los eventos del mundo. En otro capítulo explicamos los factores que permiten superar la emotividad infantil por el propio movimiento de la experiencia.

La impregnación afectiva es característica notoria en los estados de ánimo y en las pasiones. Un determinado estado anímico tiende a ocupar todo el campo de la vivencia del sujeto, orientando y

direccionando su evaluación e su manera de comportar-se. Es lo que acontece en la depresión en la angustia, en la cordialidad, apenas para citar estados bien conocidos. Por definición las pasiones son invasivas: se imponen al sujeto absorbiendo su atención y sus intereses en la dirección propia de la pasión que lo domina. Basta pensar en lo que ocurre en la pasión erótica, o en la pasión por la *causa*, religiosa o política. Por la causa el sujeto sacrifica su vida a punto de explorar con una carga de dinamita “para mayor gloria de Alá.”

7. En las cuatro estaciones de la vida tienden a dominar determinados EA. El factor edad.

La ansiedad y la depresión en la infancia suscitan justificada preocupación en los padres. Los niños saludables tienden a ver el lado lúdico de las cosas y están siempre listos para celebrar los buenos momentos. El contentamiento espontáneo está presente durante toda la infancia, siendo característico de la adolescencia (de los 14 a los 21) y de la juventud (de los 22 a los 33), aunque ya alternado con todos los otros estados según sea la situación y las circunstancias.

En la adolescencia es predecible una cierta dosis de ansiedad; el joven precisa enfrentar una serie de tareas que implican desafíos e inquietudes. Es el inicio de una etapa crucial para el futuro como persona. Los primeros amores, la preparación para una profesión, la conquista de la autonomía, el relativo distanciamiento del círculo familiar y otros retos, son fuentes de tensión.

Así continua durante la adultez, aunque se espera que el largo período de inestabilidad de la etapa anterior haya pasado para gradualmente para una etapa mejor definida, comprometida con determinados objetivos y con algunos logros básicos que muestran las competencias e capacidades suficientes para dar cuenta da propia vida. Si el individuo consigue lidiar de manera adecuada con los obstáculos y adversidades, casi siempre inevitables, sentirá apenas las inquietudes y sobresaltos que las dinámicas de los eventos imponen en todos los planos.

En la *vejez* tienden a predominar los estados depresivos, pues surgen los más diversos motivos para establecer una relación yo-mundo en términos de decadencia, postración, desencanto, finitud, soledad, enfermedad, muerte: los siete fantasmas que en esta edad rondan la vida cotidiana del viejo. Se manifiestan tarde o temprano. Van apareciendo gradualmente, unos primero, otros después; es menos frecuente que aparezcan todos de una vez.

Mirada de conjunto y conclusiones

Una comprensión de conjunto del desarrollo de los afectos y su caracterización según las diferentes etapas de la vida exige tanto estudios empíricos, de tipo cuantitativo, como estudios cualitativos propios de una psicología comprensiva de orientación humanista-existencial. Tanto el psicólogo como el educador precisan tener claro que es lo más distintivo de cada etapa y las implicaciones que puedan tener sus variaciones acentuadas. La simple constatación común de desvíos en los padrones del desarrollo siempre tiene implicaciones no sólo en lo afectivo, más señalan la confluencia de las otras dimensiones. ¿Qué significa que un joven adulto de treinta años se muestre poco o nada interesado en asumir su responsabilidad personal y viva encostado en el amparo familiar? ¿O cómo una persona adhirió a un determinado preconceito racial como su manera de canalizar su agresividad?

El lector atento sabrá examinar estos y otros temas por las vías que juzgue pertinente.

Referencias:

- Bachelard, G. (1980), *Psicoanálisis del fuego*. Española. B. Aires.
 Romero, E. (2005), *Estações no caminho da vida. O desenvolvimento dos afetos nas diversas etapa da vida*. Dela Bídia. S. Paulo.
 Romero, E. (2016): *Estações no caminho da vida*. Dela Bídia. S. Paulo.
 Romero, E. (1999). *As formas da sensibilidade*.

Curriculum: Psicólogo clínico. Ex docente de varias universidades en Brasil. Miembro fundador y de honor de ALPE. Escribió numerosos libros científicos y literarios.

Fecha de entrega: 02/01/2019

Fecha de aprobación: 19/02/2019